



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...

Ave María...(x3)

Gloria...

7ma Rosa: la Soberbia

¿Cuál es la causa de que, al caer en pecado no nos levantemos enseguida para volver a Dios? La soberbia y la vanidad. Muchas veces, al darnos cuenta de que hemos caído y querer volver a la vida de gracia, el orgullo herido nos hace pensar que sabemos más, que podemos solos, que no es necesario humillarse y pedir perdón. Algo dentro de nosotros— la cicatriz del pecado original— nos hace pensar que somos más que Dios.

La soberbia no sólo es un pecado personal, sino de todos los hombres. Es el pecado que ha estado presente a lo largo de toda la historia, pues es el motivo de la rebelión de los ángeles y de la primera tentación del hombre.

La soberbia es la que hace que la criatura quiera sentarse en el trono del Padre, es la que le hace sentirse capaz de hacer lo que quiera.

Por soberbia Caín mató a su hermano, por soberbia Dios acabó con la generación de la época del diluvio, por soberbia se construyó la torre de Babel, por ella fueron perseguidos los profetas. Fue por soberbia que Herodes quiso matar al pequeño Jesús y, fue por este mismo pecado que, años más tarde, lo entregaron y condenaron a muerte.

Es común entre los santos afirmar que la soberbia muere horas después de muerta la persona. Quien afirme ser humilde

tendría que hacer examen sobre la humildad de su premisa. Pues este pecado es el sello del pecado original. Por eso sólo quien ha sido concebido sin pecado puede afirmar con toda verdad que es humilde de corazón. Lo vemos en Cristo cuando dijo que su Corazón es manso y humilde (Cfr. Mt. 11, 29) o en nuestra Madre María durante la proclamación del Magnificat, “ha mirado la humildad de su esclava” (Lc. 1, 48).

¿Esto quiere decir que estamos condenados a vivir toda la vida bajo el yugo de este pecado? Por supuesto que no, de ser así, Cristo no nos invitaría a buscar la perfección en el amor: “Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto” (Mt. 5, 48).

El primer paso para vencer la soberbia es reconocerla. No podemos luchar contra un enemigo que no vemos, es por eso por lo que lo primero es detectarla y tener el valor de reconocer nuestra pequeñez.

Es así como se reconoció nuestra Madre ante Dios. Si puede decir de ella misma que es humilde, es porque se reconoce en primer lugar como la esclava del Señor. ¿Qué hace el esclavo? Un esclavo sólo recibe órdenes. No refuta, no pregunta, no se queja, no pide nada, sólo se pone al servicio de su amo diciendo “aquí estoy”. El esclavo se deja gobernar por su amo sin pedir nada a cambio, así como la Virgen María se dejó llevar por completo por la divina voluntad de Dios.

Fruto de la soberbia es la vanidad. Ésta es la manifestación de la soberbia de un hombre frente a otro hombre, cuando uno cree que es mejor o que está por encima de los demás. Cuando

uno se siente mejor que el resto, mira a todos como si estuvieran por debajo. La vanidad busca el alago del hombre, quien, en su ceguera, adula y embellece aquello que no viene de Dios.

Reconocer que somos soberbios y tener la intención de entregar este pecado, junto con la rosa de hoy, es dar los primeros pasos para perfeccionarse en la virtud de la humildad. Para eso se requiere tener el valor de ver las cosas como son: reconocernos sin maquillar nada, lo que hacemos, lo que hicimos o dejamos de hacer, lo que nos han hecho...

Al desenmascarar la soberbia, con ayuda de nuestra Madre, nos propondremos mantener una vida sencilla y sincera, cara a Dios, sin dejarnos alagar por los hombres para que la vanidad no llegue a nuestro corazón y reconociéndonos como indignos esclavos, para servir a nuestro Señor con alegría.

ORACIÓN PARA PEDIR LA HUMILDAD

María, ejemplo de humildad, vengo ante ti como soy, reconociendo que mi autosuficiencia me aleja de Dios. Mira que soy soberbio y vanidoso y, porque sabes humillarte frente al Padre, ten compasión de mí y moldea mi corazón para que sea semejante al tuyo.

Ya ves, Madre, que no me gusta abajarme ante los demás, que pierdo la alegría cuando me siento humillado, que prefiero que me sirvan a servir. Enséñame, María a no buscar el primer lugar en nada. Quiero presentarme ante Dios como el esclavo de la esclava.

Acepta hoy mi ofrenda como donación plena de mi ser. Me entrego voluntariamente a tu servicio, sin buscar nada para mi beneficio personal. Quiero aprender, como tú, a decir siempre “aquí estoy, hágase en mí”.

Recibo, desde ahora, todas las humillaciones y desprecios con alegría, para no buscar nunca mi propia gloria, sino sólo la de Dios.

Te pido que cultives en mí la virtud de la humildad, para parecerme cada vez más a tu Hijo, que mi vida se vaya transformando hasta llegar como Él a lavar los pies de mis hermanos como manifestación de mi amor hacia ellos.

Amén.